

# Equivocaciones en la lucha contra el terrorismo

*José María Benegas*

***E**l tema que aquí publicamos es parte de un ensayo de mayor extensión, intitulado "Sobre España", escrito por uno de los pensadores dirigentes y escritores más destacados del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), y publicado en la Revista Leviatán, editada por la Fundación Pablo Iglesias, de Madrid.*

*Las consideraciones que expone el escritor son fundamentales para entender el fenómeno de la violencia política y el tratamiento que debe tenerse frente a sus actores, sin caer en las inconsistencias, debilidades y claudicaciones que se están observando en Colombia.*



LA PERSISTENCIA DEL TERRORISMO SIGUE CONSTITUYENDO, tras prácticamente dos décadas de experiencia democrática, una de las más importantes preocupaciones para los responsables políticos y también para el conjunto de los ciudadanos de nuestro país.

Antes de hacer cualquier otra consideración, quiero esbozar una reflexión personal que con frecuencia tendemos a arrinconar

llevados por la vorágine de los acontecimientos: cuando se perpetra un atentado terrorista, con independencia de sus repercusiones políticas o sociales, siempre tiene lugar el drama íntimo de un ser humano, que ve arrebatado su derecho a la vida o su integridad física sin saber muy bien por qué alguien le ha conferido la identidad de víctima.

No podemos resignarnos ante la brutalidad del terrorismo, no

III-IV TRIMESTRES 1997

disponemos del derecho a acostumbrarnos. El acto más elemental, el primero que debemos exigirnos a nosotros mismos, a cada uno de nosotros, es el de la rebeldía moral frente a la violencia terrorista. No podemos acostumbrarnos a la muerte porque eso sería tanto como dar carta de normalidad a la actuación de quien la provoca. Se lo debemos a las víctimas, a todas y cada una de ellas, que un día tuvieron el infortunio de cruzarse con quienes viven instalados en la aberración de creerse en posesión de un derecho que no existe.

Y desde esta reflexión, más bien diría desde este sentimiento, quiero manifestar mi preocupación por el modo en que están discurriendo los acontecimientos durante los últimos meses en relación al fenómeno terrorista. Nada más lejos de mi intención que el de provocar alarma, pero no puedo eludir la responsabilidad de expresar, serenamente, lo que pienso por más que puedan molestar o irritar mis juicios. Estamos hablando de algo tan importante como la quiebra de la convivencia pacífica, como para permitimos confundir la necesaria y razonable prudencia a la hora de abordarlo con la improductiva hipocresía de aparentar que nada nuevo sucede que merezca nuestra crítica.

Creo que nos estamos equivo-

periodo que vivimos aproximadamente entre los años 1977 y 1988. Durante aquella etapa las fuerzas políticas, los demócratas, no fuimos capaces de unirnos sin fisuras en una estrategia común frente a la violencia. En el País Vasco, la raya social divisoria se establecía a partir de la dicotomía nacionalismo/ españolismo, convirtiéndose esta división en un impagable aliado para los terroristas a quienes, fundamentalmente desde el campo del nacionalismo moderado, se tendía a considerar como "patriotas equivocados".

De manera afortunada, este gravísimo error fue superado mediante la suscripción, durante los años 88 y 89, de los Pactos de Madrid, Ajuria-Enea y Pamplona, que articularon una estrategia política democrática antiterrorismo. Esta vez sí fuimos capaces de trazar una nueva frontera: de un lado los demócratas, los tolerantes, quienes trabajaban por convivir en paz; de otro lado, los totalitarios, los intolerantes, quienes hacen de la sinrazón de la violencia su única estrategia para romper la convivencia pacífica. No es casual que, a partir de esta expresión de lucidez por parte de los demócratas, el curso de la lucha antiterrorista se alterara radicalmente, en un sentido positivo, durante los siguientes años.

La acertada combinación de

y la unidad democrática frente a los violentos, minó seriamente las bases sobre las que se sustenta el terrorismo, provocando su creciente aislamiento social. El pueblo vasco, nacionalistas y no nacionalistas, hartos de tanta violencia estéril, del crimen inútil, de la tortura que supone un secuestro, rompió las ataduras del temor y se atrevió a salir a la calle para reclamar la paz y denunciar como sus verdugos a quienes, cínicamente, se presentan como sus libertadores. Me atrevo incluso a afirmar que, durante esta fructífera etapa, tuvimos acorralada a ETA y también a sus desvengorizados cómplices civiles, una vez que constataban que mediante la utilización de la violencia podrían seguir golpeando a la sociedad pero no alcanzarían ninguno de los objetivos que proclaman.

Este atinado rumbo es el que, en mi opinión, se ha quebrado durante aproximadamente los dos últimos años, y mi juicio no se encuentra condicionado por la escalada terrorista que hemos sufrido durante los últimos tiempos —atentar es fácil para quien tenga la catadura de intentarlo y, por ello, estamos siempre sometidos a este riesgo— sino que está fundado en una reflexión menos inmediata de los sucedido recientemente.

Se pueden establecer diferentes clasificaciones en cuanto a cuáles son las finalidades de una

enumerarse, señalaré la del desistimiento. El terrorismo, mediante la utilización de métodos violentos, entre otras finalidades pretende lograr el desistimiento del Estado ante las reivindicaciones de la "organización" planteadas al margen del sistema democrático y amparadas por la utilización de la fuerza. Se pretende el "cansancio", el hastío del Estado y de la sociedad para que finalmente se produzca la cesión que justifique la utilización de la violencia.

Uno de los objetivos del Estado en la lucha contra el terrorismo es precisamente el contrario: conseguir que se produzca el desistimiento de la organización terrorista en la utilización de la violencia para defender sus teóricos objetivos políticos. Este desistimiento puede alcanzarse porque la eficacia policial, la unidad democrática, el aislamiento social, la firmeza en la primacía de la política sobre la violencia, lleven a la propia organización terrorista, a sus apoyos políticos y entornos, al convencimiento de que la utilización de la violencia es inútil para lograr sus objetivos. Inútil porque las fuerzas políticas democráticas mantienen con firmeza y sin fisuras que, en una democracia que se precie de serlo, no se pueden alcanzar jamás objetivos políticos mediante la utilización de la violencia. Es decir, lograr el convencimiento de que el

El avance de la situación actual me recuerda el cándido cooperación internacional entre las múltiples susceptibles de una reivindicación

Si esta voluntad se mantiene firme y como preconiza el Pacto de Ajuria-Enea de enero de 1989, que en su apartado décimo señala con claridad que “hay que respetar en todo momento el principio democrático irrenunciable de que las cuestiones políticas deben resolverse únicamente a través de los representantes legítimos de la voluntad popular”, si este principio se mantiene con firmeza por todos los demócratas, se estarán sentando las bases para que algún día pueda producirse el desistimiento de la organización terrorista.

A estas alturas, lo que más me preocupa es resaltar cuáles son las actitudes que, viniendo de partidos democráticos, contribuyen —en mi opinión— no sólo a que no se produzca el desistimiento de la organización terrorista, sino que coadyuvan a que se mantenga viva la esperanza sobre la posibilidad de que prosperen reivindicaciones políticas defendidas mediante la utilización de la violencia.

Cuando desde determinadas fuerzas políticas democráticas se plantea la oferta de un diálogo sin ningún tipo de condiciones —sin mencionar ni siquiera el cese previo de la violencia—, incumpliendo claramente el Pacto de Ajuria-Enea cuando señala que “si se producen las condiciones adecuadas para un final dialogado de la violencia, fundamentadas en una clara voluntad de poner fin a la misma y en actitudes inequívocas que puedan conducir a esa convicción, apoyamos procesos de

diálogo entre los poderes competentes del Estado y quienes decidan abandonar la violencia”, se comete un error gravísimo.

No es posible admitir un diálogo en el que una parte utiliza la fuerza de la razón para defender sus argumentos y la otra puede utilizar la fuerza de las metralletas en defensa de los suyos. No hay gobierno democrático que se precie que pueda aceptar tal planteamiento. Pero, además, la oferta de un diálogo permanente e intemporal sin exigir el cese previo de la violencia conduce al planteamiento de cómo se llega a ese hipotético diálogo en el supuesto remoto de que la organización terrorista fuera realmente partidaria del mismo. ¿Cuántos atentados más cuesta esa oferta hecha sin condiciones hasta que la organización terrorista crea que está en una situación de fortaleza suficiente como para poder afrontarlo con éxito para sus objetivos? No seré más explícito.

Si la oferta de negociación se le añade la caracterización de “política”, el error se multiplica hasta el infinito. La estrategia del desistimiento para que dejen las armas convencidos de la inutilidad de las mismas se viene abajo, se desploma. Con ese planteamiento la organización terrorista, los presos, los jóvenes expertos en violencia callejera, recobran la esperanza. Su lucha y sus riesgos no sólo son inútiles o estériles sino que pueden ser fructíferos porque hasta los demócratas admiten una

negociación política, y esto quiere decir que algunas, quizá no todas, de las reivindicaciones políticas que alimentan la lucha violenta se habrán abierto paso, habrán triunfado.

Esta misma esperanza, ese reconocimiento implícito de que la violencia puede ser efectiva y eficaz en una sociedad democrática, no hace más que contribuir a que la propia violencia arrecie, y se perpetúe. Pero si, además, a la idea de la negociación sin condiciones adornada de un contenido político, le añadimos un diseño final de solución, entregado de antemano, es decir gratuitamente, como la autodeterminación o conceptos similares, ya no estamos ante un error gravísimo sino ante el triunfo del terrorismo.

No discuto que un partido democrático pueda incluir en su programa la reivindicación política —que no el derecho— a la autodeterminación. Ahora, si la autodeterminación se liga al escenario final de la violencia, convirtiéndose en la llave de la paz, el triunfo del terrorismo es pleno. Este es el gran error que está cometiendo, sumado a los anteriores, el nacionalismo democrático.

El Pacto de Ajuria-Enea fue un acuerdo difícil, pero fue sabio. Cuando lo mantuvimos con convicción, con voluntad democrática y tenacidad para ganar la batalla a la violencia, unido a ello a la eficacia policial, el aislamiento social y la colaboración internacional, la organización terrorista estuvo a

punto de tirar la toalla; es decir, cercana al desistimiento, o al menos al cese de la violencia para tratar de resolver por otros cauces el problema de una minoría que se resiste a aceptar las reglas del sistema democrático.

Si estuvimos a punto de conseguirlo quiere decir que se puede volver a lograr. Este creo que es el camino que debemos seguir. Es difícil recorrerlo sin el nacionalismo democrático; tenemos la responsabilidad de tratar de hacerlo juntos. Y deben estar tranquilos: si algún día la paz en Euskadi es posible, nadie que sea sensato los va a marginar del proceso, pero no pueden pretender que sigamos el camino que consideramos equivocado para acabar con el terrorismo.

Una sociedad que quiere ganar la batalla a la violencia no puede permitirse el lujo de atravesar durante años por inacabables procesos en los que se juzga el comportamiento de personas de honor que han dedicado sus vidas a la lucha antiterrorista porque entonces, de manera casi inevitable, es ésta la que acabará por ser puesta en cuestión, beneficiándose de esta situación sólo los terroristas. Por ello, ni “paso de página”, ni “punto final”, tan sólo reclamo la sabiduría imprescindible para resolver este pasaje de nuestra historia sin dar más bazas a nuestros únicos enemigos comunes, los terroristas.

Bastantes bazas les hemos dado ya deslegitimando irresponsa-

blemente la lucha antiterrorista en un país que cuenta con cerca de setecientos muertos, víctimas de la violencia de ETA. Ese es el verdadero problema de España; no un GAL que no existe desde hace doce años. Y cuando se pregunta, ¿por qué se ha deteriorado la situación en el País Vasco?, la respuesta no está demasiado alejada de la estrategia de la utilización política y partidaria del llamado “asunto GAL”.

En resumen, ¿qué hacer en la lucha contra el terrorismo? Varias

cosas me parecen prioritarias. Una, recuperar la discreción; dos, recuperar la unidad, el espíritu y los principios que alumbraron los pactos de Madrid, Ajuria-Enea y Pamplona; tres, mantener con tenacidad y sin fisuras la firme voluntad de ganarle la batalla al terrorismo; cuatro, establecer una estrategia coordinada de los tres poderes del Estado: ejecutivo, legislativo y judicial; cinco, coordinar las acciones del Gobierno vasco y del Gobierno del Estado.☺